

Homilía del 24 de abril de 2011

¡Feliz Pascua de Resurrección! Pascua, sin duda, tiene muchos significados. Para mí, este día—el primer Domingo de Pascua—es un tiempo de recordar la semana más gloriosa del año. La primera vez que experimenté el Triduo—el Jueves Santo, el Viernes Santo, y la Vigilia Pascual—sentí como si ya hubiera experimentado el paraíso. Ya que mi esposa, nuestro hijos, y yo habíamos sido confirmados en la Iglesia Católica solamente unas semanas antes, pensé entonces que nada podría ser igual a la celebración de esa primera semana santa.

Ahora he experimentado casi cuarenta de esas semanas, y cada año siento otra vez ese mismo asombro y esa misma maravilla que mi Señor y mi Dios lavaría los pies de sus amigos, compartiría con ellos una comida tradicional santísima, y les diría que desde aquel día le recordarán al comer su carne y beber su sangre. Siento otra vez el horror y el dolor de su muerte agonizante en la cruz y recuerdo que él sufrió por ustedes y por mí. Siento otra vez la emoción y la sensación de exaltación cuando recuerdo su resurrección y recuerdo que la vida triunfa sobre la muerte.

El Jueves Santo recordamos que el Señor Jesús celebró la Cena de la Pascua de los Judíos con su amigos mas íntimos. Él quiso compartir esa cena familiar especial con los hombres que él llamó sus hermanos, los hombres que llamamos sus apóstoles. Durante esa cena les prometió—y a nosotros— una nueva alianza que ellos y nosotros debemos celebrar hasta su advenimiento. Esa alianza es una alianza en su sangre, no en la sangre de los ovejas o cabras. Él dio su vida para que viviéramos. Esa cena es también un sacrificio.

También recordamos en Jueves Santo la humildad de nuestro Señor: él, su amo y su Señor, lavó los pies de sus discípulos y les dijo que ellos—y por lo tanto nosotros— debemos lavar los pies unos a otros. Nos dio un ejemplo de ser un sirviente. Nuestro

Homilía del 24 de abril de 2011

papel como sus seguidores no es ser servido, sino es servir a los demás.

El Viernes Santo recordamos el sacrificio de Jesús. Cada año no puedo aguantar las lágrimas mientras doy la reverencia a la cruz, recordando el sufrimiento de Jesús y el sufrimiento de sus hijos e hijas en todas partes del mundo.

En la Vigilia Pascual y ahora en este primer Domingo de Pascua, nos alegramos mientras celebramos la resurrección de Jesús. En la Vigilia Pascual también me alegro con los adultos quiénes fueron bautizados y con los otros quiénes, como mi familia, fueron confirmados en la Iglesia Católica. Me alegro con ellos mientras celebran su propia resurrección. Estos días gloriosos hacen aún más real la Eucaristía que estamos a punto de recibir. Cada año siento otra vez esa maravilla, ese asombro, ese dolor, y esa emoción.

Mi oración para mí y para todos nosotros es que nunca nos separemos o nos soltemos [o nos desconectemos] del gran misterio, quién es Jesús, nuestro Dios y también nuestro hermano. También mi oración para mí y para todos nosotros es que podamos seguir respondiendo a la llamada de Cristo a amar como él ama y a vivir como él nos mostró vivir, sirviendo a los demás y dando su propia vida para que los otros pudieran vivir.